

Dr. A. López Novato

La Voz de Liébana

SEGUNDA EPOCA
Año XVI

REVISTA REGIONAL
Potes, 15 de Julio de 1920

Núm. 664

Inscrito como artículo de segunda clase en las Direcciones generales de Correos de Méjico y Habana

A nuestro corresponsal en Buenos Aires



DON CLAUDIO TORRE

Hace ya un año que reunidos en íntimo banquete cuantos en LA VOZ colaboran, al dedicar un cariñoso recuerdo a los colaboradores ausentes, alguien propuso hacer objeto de especial homenaje a nuestro corresponsal en Buenos Aires don Claudio Torre, reconociendo todos la justicia de tal proposición y aprobando con entusiasmo la idea.

Al tratar de darle forma, se pensó en dedicarle un número especial de LA VOZ, pero dificultades de orden material han impedido hasta ahora llevar a debida realización el pensamiento.

Modesto es el homenaje en relación con los merecimientos de la persona a quien se trata de honrar, y con lo que fuera según nuestros deseos, mas la modestia de LA VOZ y la limitación de medios de que dispone no consienten otra cosa.

No es nuestro acto testimonio únicamente de

nuestra gratitud por los servicios inapreciables que don Claudio Torre ha prestado a LA VOZ DE LIÉBANA, ya como Agente haciendo activa propaganda entre la colonia lebaniega en La Argentina, ya como corresponsal enviando con asiduidad, interesantes crónicas en que trató con certero juicio los asuntos de mayor actualidad y de más interés para la colonia lebaniega en aquella República; es además testimonio de admiración por su labor altruista en favor de la unión y de la cultura de los lebaniegos emigrados en la Argentina y en favor de la enseñanza de los niños de Liébana.

Muy joven aún, en plena adolescencia, marchó a Buenos Aires, como tantos otros muchachos lebaniegos en busca de fortuna, y la ruda y agobiadora labor de la tienda, del almacén del escritorio, no pudo extinguir la sed de ideal que le animaba. Después de las largas horas de trabajo, tuvo fuerza suficiente para robar algunas al descanso, y dedicarlas a perfeccionar su instrucción, o adquirir conocimientos que no pudieron darle en la Escuela y así llegó a poseer una cultura que le elevó sobre el nivel intelectual de los demás emigrados.

No se satisfizo con esto, quiso que los demás lebaniegos desperdigados por el inmenso territorio, aislados, perdidos como átomos en la gran metrópoli, se unieran como espigas en un mismo haz, supieron que no estaban solos, que otros lebaniegos se hallaban al lado de ellos, luchando como ellos, y que en un momento de adversidad sus paisanos, como hermanos, de la misma familia lebaniega, habían de prestarle su apoyo moral y material. Y dió a conocer su proyecto a los amigos, inquirió el paradero de los desconocidos, venció resistencias, sorteó dificultades, limó asperezas, y al cabo de algún tiempo y de no poco trabajo vió realizados sus deseos y constituido el Centro Montañés «Liébana en La Argentina».

4 Años lleva de vida esta Asociación y durante ellos don Claudio Torre ha sido el espíritu que ha animado aquél organismo. Ha creado clases nocturnas para los asociados, campo de recreos, ha organizado romerías, reuniones, concursos de bolos, ha hecho en fin cuanto podía porque el Centro cumpliera sus fines de cultura, de instrucción, de recreo y esparcimiento.

Acreeador era el señor Torre por esa su desinteresada y patriótica labor, al agradecimiento unánime de todos los lebaniegos residentes en La Argentina, y los más de ellos así se lo han demostrado, pero no le han faltado sinsabores y disgustos al ver la frialdad e indiferencia con que no pocos han recibido sus entusiasmos y la ingratitud, los recelos y suspicacias con que algunos han pagado al señor Torre su altruismo y su amor a sus paisanos.

No se desaliente el señor Torre, prosiga en su empresa, en ella le acompañan la aprobación y el aplauso de los más, de todos cuantos creemos que el fin del hombre en la tierra es algo más que ganar dinero, que hacer fortuna, que ser rico, cuantos tenemos un ideal, cuantos damos preponderancia al *Quijote* sobre el *Sancho* que todos llevamos dentro.

CARTAS DE BUENOS AIRES

Viajando por el Uruguay

I

Desde hace tiempo, tenía prometida una visita a los amigos lebaniegos residentes en Montevideo, pero de una en otra iba transfiriendo para mejor oportunidad el cumplimiento de mi oferta.

El momento se presentó propicio, el 19 de marzo, al anunciarme mis superiores que podía disponer de nueve días de asueto, a partir del siguiente. En el acto solicité mi correspondiente billete, y a las diez de la noche me hallaba en la nave que en pocas horas me condujo a la otra orilla del Plata.

Deseoso de presenciar el amanecer en medio del mar, antes de las seis había tomado ya mi puesto en la cubierta, pero como la mañana estaba nebulosa su aspecto no ofrecía interés alguno. Allá a lo lejos se divisaba una pequeña loma que nos da la certidumbre de que estamos en la costa uruguaya; poco después ya divisamos el cerro de Montevideo, y como a las siete nos hallamos entrando en la bahía del puerto. En el muelle hay varias personas que esperan el arribo del vapor, mas como estoy seguro de que entre ellas a nadie interesa mi llegada, descendiendo rápidamente, y en un automóvil me traslado al Hotel Barcelona, situado en el centro de la ciudad, frente a la Plaza de la Independencia.

Enseguida de haberme señalado mi compartimiento, me dirigí de nuevo a la calle, dispuesto a no perder un sólo minuto que pudiera aprovecharse para escudriñar novedades. Mi primera visita, indefectiblemente, tenía que ser para el antiguo compañero y amigo Máximo de la Cuesta; se había efectuado nuestro último encuentro hace siete años, y como ignoraba en absoluto que yo pudiera llegar allí en aquel instante, le sorprendió bastante mi presencia, demostrándose visiblemente gozoso. Al momento pasamos a su despacho particular, y después del consiguiente coloquio sobre los amigos de Buenos Aires y otros temas memorables, empezó a demostrarme la solidez de la firma que regentea, y de la cual forma parte desde hace algunos meses. Para convencerme, por si pudiera dudar de tal importancia, me acompañó por todos los sitios del amplio establecimiento, señalándome el gran *stock* que poseían de muchos artículos. Como es sábado, y el comercio mayorista cierra a las doce, comprendo que mi amigo ha de tener muchos asuntos que resolver antes de esa hora, por lo que decidí retirarme, despidiéndonos hasta más tarde.

Salgo de allí gratamente impresionado y complacido por la merecida compensación que han hallado la constancia e inteligencia de mi amigo, que, por serlo muy de veras, celebro sus triunfos como si fueran propios. Su carácter y su conversación un tanto irónica, en nada han cambiado con relación a otros tiempos; empero, en sus doctrinas e ideales se advierte una transformación casi increíble. El admirador del teatro de Shakespeare, de Calderón y de Lope; el que a todas horas parodiaba y recitaba, y hasta en los libros de estudio transcribía poesías de Zorrilla,

de Espronceda o de Campoamor; el que nos bromeaba con sentencias de Cervantes, Tirso y Hurtado; el que nos hablaba entusiasmado de la filosofía de Kant, de Rousseau, de Voltaire y tantos otros, se halla ahora convertido en un señor comerciante, que es como si dijera idóneo especulador, convencido quizás, de que en la vida práctica, emociona más el espíritu la utilidad en la venta de los libros que aquellos escribieron, que el deleite que proporciona su interesante

lectura. Las circunstancias nos deparan a veces un camino por el que nos lanzamos sin reparar si sus accidentes llegarán a modificar nuestra manera de ser.

La segunda visita se la debía al entusiasta lebaniego y buen amigo don Tomás Gómez, por lo que, a las tres de la tarde, me dirigí a su domicilio donde lo encontré en compañía de su sobrino don Víctor Briz, culto joven que acaba de obtener el diploma de Perito Mecartil en la Facul-

Comisión de Bolera del Centro montañés "Liébana en la Argentina"



Sentados, de izquierda a derecha: Ramón Monasterio, Emeterio Soberón, y Pedro Soberón. De pie, de derecha a izquierda: Francisco Díez, Juan Soberón, Benigno Garrido y Mariano Calvo.

tad de Ciencias Comerciales de aquella capital. Después de un rato de agradable conversación, el señor Gómez me acompañó a la casa de comercio de don Vidal Pesquera, mas como allí fuimos informados de que este prestigioso lebaniego no concurriría esa tarde a la oficina, nos dirigimos al almacén de los señores Martínez y Mateo, jóvenes lebaniegos muy entusiastas de

su «tierruca». El señor Vicente Mateo, que ejerce actualmente la Presidencia de la sociedad «Unión Montañesa» y demostró alegrarse mucho con mi presentación. Luego me informó de que, al día siguiente, se celebraría un concurso de bolos en la bolera de la Sociedad, invitándome a presenciarlo, atención que agradecí con la promesa de que asistiría.

Por la noche me uní nuevamente al señor Cuesta, y la empleamos contándonos nuestras comunes peripecias y aventuras desde que él se ausentó de Buenos-Aires, a la mañana siguiente, aunque no tan temprano como yo le había pedido, volvió a buscarme, y desde el centro de la ciudad nos dirigimos en automóvil a visitar las playas de Ramírez, Pocitos y Carrasco, esta última no terminada aún y con pocos medios de llegar a ella. Cada obra de alguna importancia que es objeto de nuestra observación, tal como el Palacio de la Legislatura, en construcción, el de la Facultad, ha poco habilitado al uso que se le destina, y las playas mismas, mi amigo lo atribuye enseguida a la influencia política del ex-presidente don José Batlle Ordóñez, del que es un gran admirador. Por mi parte, no hallo ningún mérito en que un gobernante procure para su patria lo que en buena lógica es una verdadera necesidad, más tratándose de una República que, en cultura y turismo, pretende hallarse a la cabeza de los demás países sudamericanos.

Por la tarde nos dirigimos a la bolera, y allí me fueron presentados muchos lebaniegos y otros montañeses cuyos nombres sería difícil recordar en este momento. Entre los jugadores del concurso, dirigidos por el muy estimado y entusiasta compatriota y recto Juez señor Daniel Moreno, existía la mayor animación y cordialidad. Se hallaban formados en cuatro partidas, cuya composición y resultado fué el que se detalla a continuación:

Grupo número 1: señores Gregorio Vega, Obdulio Barquín, Nicanor Solórzano y Nicolás M. Peña, 162 tantos; grupo número 2: señores Pedro Gutiérrez, Vicente Mateo, Felipe Gutiérrez y Fidel González, 129 tantos; grupo número 3: señores José Beares, Primitivo Alonso, Julián Camaleño y Laureano Terrador, 211 tantos; grupo número 4: señores Angel Alonso, Domingo Gómez, Juan Martínez y Aquilino García, 189 tantos.

Como se comprende, el premio, que consistía en cuatro medias libras esterlinas, correspondió a los jugadores que formaban el grupo número 3, quienes lo recibieron entre aplausos y vítores a la Sociedad organizadora.

Gratamente impresionados por la cordialidad y entusiasmo que se manifiesta en aquel grupo de jóvenes montañeses, al intentar retirarme, me hallé sorprendido con la propuesta de que debo aceptar una distinción antes de mi regreso a Buenos Aires. Intenté demostrarles que no existían motivos para ello, ni yo he realizado méritos que me lo acrediten, ni tampoco me hallo allí en cumplimiento de ninguna misión oficialmente encomendada por los montañeses de la Argentina; por último hube de aceptarlo haciendo constar que lo admitiría como una atención hacia el Centro Montañés «Liébana en la Argentina», en ningún caso como asunto personal.

Al abandonar definitivamente el local de la bolera, me acompañan hacia el centro de la metrópoli los amigos Felipe Gutiérrez y el susodicho de la Cuesta, uniéndose después a nosotros el señor Víctor Briz, con cuyos camaradas departimos varias horas de la noche.

II

Permanecer una semana en Montevideo, y no llegar hasta Tacuarembó, hubiera sido tal desatención que yo mismo no me la perdonara nunca. Residen allí mis convecinos los hermanos Bernardino y Teodoro González, este último además el condiscípulo más querido. Seguramente habrá muchos que recordarán todavía nuestras ingenuas travesuras en el trayecto que diariamente hacíamos hasta la escuela de Vada, de la que era entonces maestro don Domingo Nadal, y entre cuyos alumnos, más distinguidos y adelantados, me honro en recordar a los jóvenes Francisco de la Torre y Plácido Salceda, también buenos amigos nuestros.

La distancia que media entre Montevideo y Tacuarembó no es tan corta, pero mi espíritu un tanto aventurero, no iba a reparar en obstáculos ante la satisfacción de abrazar al antiguo e inolvidable compañero de la infancia. Además me habían asegurado que el paisaje durante la travesía era bastante interesante, y existían motivos para serme agradables las 11 o 12 horas que permaneciera en el tren.

Dispuesto mi viaje para el lunes a las seis de la mañana, apenas había llegado a la estación, cuando el amigo Víctor Briz me honró presentándome a la señorita Elisa Gómez, de Tacuarembó, y que efectuaba el viaje en el mismo tren que yo. Esta bella y distinguida señorita, cuyo nombre dejo citado, de conversación culta y agradable, resultó ser prima carnal de mis amigos y a la vez algo pariente del corresponsal, pues es hija del estimado lebaniego que en vida se llamó don Santos Gómez y, por parte paterna, nieta de aquel otro prestigiosísimo don Diego Posadas, uno de los primeros colonizadores de Tacuarembó, y que llegó a ser, según buenos informes, uno de los hacendados más ricos del Uruguay.

A la salida de Montevideo, se encuentran algunos viñedos y muy pocos maizales; el resto de la línea se halla dedicado al pastoreo de ganados en su mayoría vacunos y lanares, llamándonos la atención tal escasez de cultivos en un territorio de apariencia bastante fértil. El paisaje que nos habían ponderado, no tiene ninguna condición especialmente pintoresca: en general es llano, con pequeñas ondulaciones y alguno que otro bosquecillo de eucaliptos; únicamente ya cerca de Tacuarembó, el tren se desliza por entre unas pequeñas montañas cubiertas de arboleda, que tampoco son para llamar la atención de los grandes admiradores de la naturaleza. Como poblaciones importantes, merecen citarse Florida, Durazno y Río Negro, aunque vistas a verdadero vuelo de pájaro esté mal emitir mi opinión.

Son las cinco de la tarde; estamos, pues, en Tacuarembó. En la estación esperan la llegada del tren un buen número de automóviles deseosos de hallar acupación, y a uno de los conductores de aquellos le pido me traslade al establecimiento del que son factor importante mis buenos amigos. Estos no podían, ni remotamente, soñar allí con mi presencia; jamás en nuestra correspondencia les insinué la posibilidad de este viaje, y aunque hubiera podido anunciarles mi llegada, preferí darles una sorpresa, comprendiendo que de lo contrario, como cosa sabida y esperada, les hubiera alegrado, más no

existía después motivo para tan honda emoción. Creí de reconocerlos antes que ellos a mí, pero sucedió al revés, por lo que deduje más tarde que debo ser muy mal fisonomista. A los pocos minutos de hallarme con ellos, llegó el joven José Salceda, a quien conocía por referencia de otros amigos, como él me conocía por mis frecuentes correspondencias en este periódico.

(Continuará)

El indiano lebaniego

Hace mucho tiempo abrigaba el deseo de hablar de los indianos, de ponderar sus virtudes, de poner de manifiesto la gran influencia que han ejercido en la vida de Liébana y la que a mi juicio están llamados a ejercer. Ninguna ocasión mejor para hacerlo que la que me ofrece este número de LA VOZ dedicado a un indiano modelo.

En estos tiempos en que el valor espiritual está tan decaído, en que vemos masas enormes de desheredados entregarse a la desesperación y al odio, se presenta el tipo de nuestro indiano como algo ejemplar, como algo que debiera servir de modelo a aquellos que desconfían en la eficacia del esfuerzo personal. Porque ¿quiénes son los indianos? En general personas que salieron de sus casas acosados por las necesidades más perentorias, pero no con la esperanza puesta en la destrucción de los demás, sino en su propio esfuerzo y sacrificio. Lejos del desaliento y la desesperación domina en ellos el más hermoso optimismo que les lleva alegres a luchar contra las mil dificultades que se les presentan hasta conseguir la ansiada fortuna. Su laboriosidad y economía así como todas aquellas virtudes que son parte tan esencial en la creación de un porvenir están sobradamente acreditadas por la formación de buenos capitales que sobrepasan muchas veces a las más atrevidas ilusiones y que son hijos de los más honrados afanes.

Al lado del valor espiritual, laboriosidad, economía, honradez y demás virtudes que tanto contribuyen a su emancipación económica poseen nuestros indianos un alto grado de generosidad y amor a los suyos y a su tierra. No sólo tienen el mérito de triunfar honradamente de la pobreza, sino que a este añaden el de prodigar sus riquezas, empleándolas frecuentemente en fines que revelan su nobleza de corazón y alteza de miras. Sus familias rodeadas de la escasez que a ellos estrechaba en otros tiempos, reciben con frecuencia del indiano valiosos donativos, y no sólo las necesidades de los suyos, sino las de la tierra en que nacieron encuentran frecuentemente el auxilio de los indianos. Podríamos citar miles de ejemplos de lo que acabamos de exponer, pues sabido es de todos el sin fin de obras benéficas que ha realizado en Liébana el capital venido de las Indias, obras que nuestro abandono o la mala fe de algunos ha ido destruyendo poco a poco, pero que a pesar de todo no han podido ser destruidas por completo.

No hace falta gran esfuerzo de observación para apreciar la gran influencia que el indiano ha ejercido en la vida de nuestro país. Además

de las obras benéficas, además del dinero que su espléndida generosidad ha empleado en bien de los demás, el amor a la tierra ha determinado frecuentemente esa inmigración en que el indiano trae a su país no sólo lo que es fruto de su trabajo durante larga ausencia, sino que él mismo se reintegra a su patria chica, a la que rinde el tributo de su fortuna y de sus facultades acrecentadas en la misma proporción que su fortuna. Las buenas casas de Liébana obra son casi en su totalidad de los indianos que han sabido imprimir en ellas no sólo el sello de la riqueza, sino de la nobleza y distinción. Si bien con esto el emigrado ha contribuido a establecer en Liébana cierta diferencia de clases, al mismo tiempo ha aleccionado debidamente a los lebaniegos, que por muy humildes que nazcan nunca renuncian a la esperanza de ser señores, pues la experiencia de todos los días nos habla de chozas convertidas en casas principales y de enlaces entre quienes por su diferente posición parecía en día no lejano fuera imposible se realizaran nunca.

Si es mucho lo que Liébana debe a los indianos creo que no es menos lo que de ellos necesita no en el orden económico precisamente sino en otros órdenes cuya atención por su parte se hace a mi juicio inaplazable y urgente. Hasta ahora el indiano se ha conformado con enviarnos generosamente su dinero o reintegrarse a su patria, sin preocuparse de otra cosa que de hacer bien y dejarse llevar de la corriente. Esto ha sido causa de que sus sacrificios y buena voluntad no hayan producido todo el fruto que debieran en bien del país. Yo podría citar muchas obras suyas que no han respondido a sus deseos y sacrificios, y hasta esas mismas casas por ellos fundadas no responden con la firmeza que debieran a las ilusiones de grandeza que en ellas pusieran sus fundadores y sin tardar mucho vienen a arruinarse, alguna vez antes de que su mismo fundador fallezca, como si Liébana sólo no fuera capaz de producir savia vivificada, sino que destruyera y aniquilara la que del exterior pueda venir. Estas tristes consideraciones no son más que una pura realidad y que por tanto necesita un urgente remedio, porque una de dos, o Liébana agradece debidamente (aprovecha) los bienes que se le hacen o de lo contrario es inútil el hacérselos. Sería injusto que los indianos se molestaran en levantar escuelas a las que no se ha de asistir, en fundar obras pías que nazcan condenadas a próxima muerte, en engrandecer casas que han de arruinarse al poco tiempo, en socorrer necesidades que han de estar renovándose incesantemente por el abandono del país, que es como dar de comer a vagos. Antes que nada es necesario adquirir la seguridad de que Liébana ha de aprovechar los sacrificios que por ella se hagan, lo cual no ocurrirá mientras no se corrijan vicios fatales que son la causa de nuestra pobreza. Es inicuo que mientras los de fuera están sacrificándose por nosotros, nosotros estemos destrozando nuestros montes, gastando el dinero y el tiempo en vergonzosos pleitos, pagando el tributo a administradores que en vez de administrar nuestros intereses lo que hacen es explotar nuestros derechos, y cito esto porque nuestra es la culpa de dejarnos engañar o llevar de la pasión en el nombramiento de los mismos

privando a nuestros hijos de la instrucción necesaria y manteniendo así al país sumido en lamentable atraso en orden a la cultura y a la producción, en una palabra, durmiendo mientras los otros velan y destruyendo mientras los otros construyen. Todo esto quiere decir que Liébana antes que de dinero está necesitada de una honda renovación que acabe con sus vicios y malas costumbres, y esta renovación ¿quién la ha de llevar a cabo? Principalmente los indios que son el elemento más numeroso y fuerte de cuantos representan en el país cultura, riqueza y patriotismo. ¿Cuál ha de ser el procedimiento? La buena voluntad lo ha de decir y de hecho se lo dice a muchos que figuran en las vanguardias como don Claudio Torre a quien me complazco en citar como modelo de indios. Es necesario reconstruir sobre la base firme de la Fé, que gracias a Dios se conserva el edificio de la eterna grandeza de Liébana.

RICARDO DÍAZ CUEVAS

Un Lebaniego que honra a su tierra

No es nuestra idea herir susceptibilidades, establecer paralelos, lacerar con sórdidos juicios ideales generosos y patrióticos ya que tan bien se ajustan y armonizan con nuestras aspiraciones, tan legítimas como sinceras, a la prosperidad de nuestra Liébana. ¿Cómo pues suponer a nadie envilecido en la abyección de amargas diatribas por torcidas interpretaciones al rendir justísimo tributo al representante de un colectivismo cuya gestión cultural y progresista en pro de nuestra patria chica llena de meritísima gloria allende los mares esa pléyade de nuestros hermanos que por ella incesantemente laboran?

Don Claudio Torre; he aquí un hermanó, un modestísimo lebaniego que se lanza impertérito como tantos otros a impulsos de su espíritu investigador y aventurero en pos de altos ideales de prosperidad y engrandecimiento. Lucha con el infortunio en un país cosmopolita y extranjero y su constancia vence; dobléga su inteligencia pletórica en el yunque del estudio y el trabajo y la vida le sonríe, la fortuna le abre su seno y le da aliento; pero un día su corazón se revela, una idea pungente se clava apremiante y precisa en su cerebro; su espíritu centralizador se insubordina ante la perspectiva de una existencia de separatismo y sin patria. Un paquebot que arriba a aquellas playas con varios conterráneos, una carta de un amigo, el recuerdo de la familia, la evocación sedienta de la tradición, abren el vacío en su alma y una decisión necesaria, arrolladora palpita en su cerebro. Hagamos patria, se dijo; recoge el voto unánime de todos los lebaniegos residentes en la república y queda constituido el «Centro Montañés Liébana en la Argentina».

Desde entonces su filantrópica gestión de patriota se patentiza en prolijas actuaciones directamente beneficiosas para nuestra Liébana. Al

recuerdo de «patria chica» se congregan nuestros hermanos bajo la tutela maternal del modesto centro y por un fenómeno de misteriosa transición surge de aquel bloque cosmopolita una nueva Liébana con sus juegos, con sus fiestas, con sus romerías, con sus tradiciones, con su mutua y franca reciprocidad de afectos, de intereses y de ideales, con cuanto de típico, de genuino y de castizamente lebaniego nos alienta; y mientras su influencia moral auna corazones, copila intereses, refresca sentimientos filiales allá en la joven América, su anciana madre, cuna también, siente aquí los beneficios de su donoso protección. Ved esos sencillos centros docentes representativos del progreso erguirse en el silencio eremítico de nuestras viejas aldeas como testimonio fehaciente del regionalismo de los buenos hijos de Liébana en Buenos-Aires. Mas la obra colonizadora de este genio altruista y moralizador no sólo dirige, estimula y levanta el sagrado afecto al terruño amado, traducido en derivaciones de orden económico; el mundo de las ideas, el progreso evolutivo de la civilización moderna hacen vibrar en su espíritu los sentimientos más puros del amor patrio. Compentado de la idiosincrasia de su raza, íntimamente paternal a surgir de su atavismo arcaico, inicia en las rutas de la regeneración y haciendo eco al grito de la casi total intelectualidad lebaniega, conságrase desinteresado defensor de nuestra modesta *Voz de Liébana*; sobreponese a la avilantez de los malos patriotas, denosta con acritud y nobleza las disensiones políticas de que tan desgraciadamente hemos sido víctimas durante largos años. Sí, a qué dudarle; aún quedan muy arraigadas reminiscencias de la tiránica obra «redentora» de unos cuantos pseudo-protectores, en el fondo, perturbadores enmascarados y larvas voraces de los erarios públicos; aún continúa enhiesto el árbol de la discordia, velada su esterilidad por un ambiente de autocracia mientras sus miembros anestesiados acallan sus heridas con un sueño letárgico. Mientras tanto, este buen lebaniego con otros que tanto ennoblecen la tierra que les vió nacer militan valerosos en pro de ella y de su periódico, ya que también a este le cuadran los títulos de guardian de nuestros intereses, fustigador de nuestros adversarios, guía indefectible de nuestro desarrollo y prosperidad agrícola-comerciales. El le alienta, le propaga le impulsa, colabora a su sostenimiento con sus informaciones tan provechosas como interesantes; trasmite sus ideas patrióticas y educativas a cuantos amigos y paisanos giran en la órbita de su actividad magnética y propulsora; sus crónicas respiran el perfume del más intenso y elevado amor hacia este rincón de su cuna, en ellas se adivina su alto concepto y convivencia con los grandes ideales, la esperanza de una lenta pero definitiva metamorfosis en el sistema especulativo de su raza. Hombres así honran la patria; donde el corazón y la inteligencia imperan cabe la alteza de miras, donde el egoísmo nutre la voluntad, la desesperación mina los corazones y embrutece en el hombre cuanto tiene de divino.

JESÚS I. LAMA

MI FELICITACION

Las acciones nobles merecen el aplauso de toda persona sensata. Esto es evidentísimo.

Ha tiempo que con verdadero júbilo voyme dando cuenta del acendrado y sin igual entusiasmo que sienten, por su amada Liébana, unos cuantos lebanenses.

Antes de hoy estuve tentado de emborronar unas peñoladas dirigidas a las colectividades bienhechoras; pero el temor, la aborrecible acedia y otras causas hánmelo impedido.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, heme aquí dirigiendo unas líneas demostrativas de la gratitud que merecen las plausibles obras llevadas a cabo por las referidas asociaciones.

Hoy que se dedica este número de LA VOZ al incansable y entusiasta joven don Claudio Torre, no quiero, yo, permanecer mudo ante tantas pruebas de gratitud como se le dedican. Lo contrario sería una indiscreción imperdonable.

Así, pues, ilustrado joven, reciba mi más cordial y efusiva felicitación por el interés inenarrable que siente hacia el engrandecimiento, cultura, y bienestar de su amada región lebanense.

Igual digo a todos los socios de las diferentes entidades que le prestan su ayuda y cooperación.

Estén seguros que tan nobilísimo proceder halla buena acogida en todos sus sencillos convecinos, y en todas personas que tienen la menor noción de sensatez. ¡Quién lo duda!

Ya que tengo la inmerecida suerte de ejercer mi profesión en este pintoresco pueblo de Liébana, no puedo menos de confraternizar, afiliarme, unir y asociar mis ideales con los de todos los que se interesan vivamente por la cultura intelectual y moral de los lebaniegos. Si pensara lo contrario, sobraría este escrito.

Me complazco cuando leo alguna crónica de alguno de ustedes. Resalta tanto el interés que tienen por que se eduquen sus convecinos que me entusiasmo grandemente.

Repito mi felicitación más sentida.

Continúen el camino trazado; no desalienten por nada hasta que vean satisfechas sus loables pretensiones, y Cantabria se enorgullecerá al tener tan buenos hijos, amantes de su región nativa.

PEDRO GARCÍA ANTÓN
Maestro de Campello.

AL VUELO

La necesidad de dar cabida en este número a los originales especialmente a él destinados nos obliga a dejar de publicar otros varios, enviados por nuestros colaboradores y corresponsales, entre ellos, «El concurso de ganados, enseñanzas y comentarios» «La Romería de la Salud, en Aliva,» la sección «De los Valles,» y un comunicad. «Al Señor García Anton» de don Robustiano Carrera. Procuraremos publicarlos todos en el número próximo,

El jueves 8 del actual se verificó en Santander la ceremonia de imponer a nuestro amigo don Francisco Salces, Peon Guarda de Montes de esta comarca, las insignias de la Cruz del Mérito Agrícola, que le ha sido concedida por sus trabajos de propaganda forestal. Al acto asistieron varios Alcaldes y representaciones de los Ayuntamientos de Liébana, y de la Sociedad Económica. Reciba el señor Salces nuestra enhorabuena.

Se encuentra pasando la temporada de verano en su casa de Ojedo la señora doña Josefa Cueto con sus hijos.

Ha pasado unos días en Espinosa W. Herman Rosenow.

De Valladolid ha llegado a esta villa la señorita Pepita Bobadilla con su hermano Pepe.

En nuestra Iglesia parroquial han contraído matrimonio el joven Francisco Mena, con su prima Ramona Mena, de Rases.

También se celebró en esta villa la boda de los jóvenes Antonio Lopez Echevarría e Isidora Gutierrez.

A todos nuestra enhorabuena.

El sábado último, tuvo la desgracia de caer desde un balcón al río la joven María Inciesta produciéndose al caer lesiones de importancia.

Lamentamos la desgracia y deseamos el pronto restablecimiento de la lesionada.

De Bilbao han llegado nuestro amigo el Registrador de la Propiedad de Nájera don Angel Martínez, con su esposa doña Luz Carande, e hijo.

El sábado pasado cayó del Puente Deva al río una vaca del vecino de Valmeo don Galo Gómez, quedando muerto el animal a consecuencia del golpe.

De Bilbao ha llegado a su casa de esta villa para pasar el verano la señora doña Dolores Linares, viuda de Carande, con sus hijos.

También han llegado de Madrid a Lomeña, nuestro amigo el Médico don Leopoldo González Encinas y su hermana la señorita Antonia.

Se encuentra en esta villa en uso de licencia, nuestro amigo don Fidel Gomez Enterría. Administrador de correos de Villafranca del Bierzo.

La sociedad de turismo «Picos de Europa» ha organizado una interesante excursión de

circunvalación a Liébana siguiendo la cresta de la cordillera que delimita nuestra región. La excursión que se estará realizando al publicarse este número, se verificará en cuatro etapas, subiendo por La Hermida a Andora y siguiendo por Aliva, Llorosa, Remoño, Corisco, Peña Prieta, Peña Labra y Peña Sagra, descendiendo a Lobeña por Poda.

De la excursión para la que se habían inscrito varios animosos jóvenes, daremos cuenta en nuestro número próximo.

Isidoro Ubierna

ha trasladado su acreditada fonda *El Cantábrico* del número 2 de calle de Méndez Núñez, al número 8 de la misma calle.

La nueva casa reúne grandes comodidades para el viajero; las habitaciones nada dejan que desear en cuanto a CONFORT e higiene, y el trato es inmejorable.

Gran Tintorería Francesa

movida a vapor

*Se tiñe en todos los colores y se limpia al seco
toda clase de prendas de señora y caballero
Lutos en 24 horas, de negro inalterable
Limpieza de franelas, cortinones y mantas*

SUCURSAL EN POTES:

Marcelina Campillo

Campos Elíseos de Lérida

Gran Centro de Producciones Agrícolas

FUNDADO EN 1864 POR

Don Francisco Vidal Codina

DIRIGIDO POR

Don Silvio Vidal Pérez

Proveedor de la Asociación de Agricultores de España

Especialidades que recomiendan a esta antigua y acreditada Casa

Arboles frutales

En grandes cantidades, de las especies y variedades más superiores que en Europa se cultivan

Vides americanas

INJERTOS, BARRADOS, ESTAQUILLAS de inmejorables condiciones y absoluta autenticidad :-:



Se enviarán gratis los catálogos de las diferentes secciones que dedica esta Casa, a quienes los soliciten. La práctica en los embalajes y demás, permiten verificar la exportación a todas las regiones que me favorezcan con sus órdenes :-:

:-: TELEGRAGO Y TELEFONO NUM. 38 :-:

IMP. EL ORIENTE DE ASTURIAS.—LLANES.



Vapores

Correos

Españoles

Compañía Trasatlántica de Barcelona

LINEA DE CUBA Y MÉJICO

El día 19 de Julio, a las tres de la tarde, saldrá de Santander el vapor

Reina María Cristina

Línea del Río de la Plata

a fines de Julio saldrá de Santander el vapor

SANTA ISABEL

para trasbordar en Cádiz al INFANTA ISABEL DE BORBON, admitiendo pasaje y carga con destino a Montevideo y Buenos Aires.

Para precios de pasaje y condiciones dirigirse a su consignatario en Santander

SEÑORES HIJOS DE ANGEL PÉREZ Y COMPAÑÍA, Muelle, núm. 36